

## Introducción

En el libro VIII de las *Metamorfosis*, de Ovidio, se narra el mito de Ícaro, hijo de Dédalo que fue el constructor del laberinto de Creta. Ambos estaban retenidos por el rey Minos que controlaba las aguas y la tierra. Para escapar, Dédalo construyó para sí y para su hijo unas alas con plumas y cera, dándoles la forma de las alas de los pájaros y ajustándoselas al cuerpo. Con el vuelo de Dédalo e Ícaro comenzó a tomar forma el constante sueño humano de elevarse sobre la tierra y volar en libertad y hacia la libertad.

La simbología que se deriva del mito de Ícaro tiene variadas aplicaciones. Una de ellas es la que se refiere al conocimiento en toda su amplitud. La aventura del conocimiento es de hecho representada como vuelo. Se trata, por supuesto, del conocimiento esforzado y en cierto modo aventurado que supera la inmediatez de lo sensible, de lo que está más o menos a mano. La representación de la filosofía con la imagen del búho de Minerva que, según Hegel, levanta el vuelo al atardecer, entre dos luces<sup>1</sup> responde a

1. Una observación de Hegel es que «el búho de Minerva tan solo emprende su vuelo cuando comienza a anochecer»: G.W.F. Hegel, *Lecciones fundamentales de la Filosofía del Derecho*, Madrid: Gredos, 2010, p. 24.

este hecho. Hegel pone el acento en la condición del claroscuro en que se mueven los esfuerzos de los filósofos, precisamente por el hecho de que se trata de un vuelo en el que la inteligencia se eleva más allá de la claridad que se le ofrece a ras de tierra. No hay vuelo en lo que está ahí, en las sensaciones o en la evidencia que se impone de plano. Para que haya vuelo, es necesario dejar la seguridad de lo sensible y de lo necesario y remontarse más allá de la física y de la matemática, hasta la meta-física, allí donde la capacidad de percibir experimenta una dilatación inesperada hasta vislumbrar los fundamentos últimos de todo.

El mito de Ícaro invita a adoptar un vuelo adecuado a la condición de las alas, que es, al mismo tiempo, débil (plumas, cera) y poderosa si se usan con decisión y prudencia, de acuerdo con la naturaleza del viaje. Este viaje tiene lugar entre el suelo (tierra, mar) y el cielo (el sol). El vuelo de Dédalo e Ícaro era esencialmente arriesgado y, para evitar el peligro, Dédalo aconsejó a su hijo que no volara ni demasiado cerca del agua para no caer en ella, ni demasiado cerca del sol para que el calor no derritiera la cera. *«Te advierto Ícaro, que debes correr siguiendo una línea central, para evitar que las olas hagan pesadas las plumas si vas demasiado bajo, y que el fuego las haga arder si demasiado alto: vuela entre ambos extremos (...) ¡Avanza siempre detrás de mí!»*. Pero Ícaro *«empezó a gozarse en su atrevido vuelo, abandonó a su guía y, arrastrado por la pasión de surcar el cielo, levantó más su trayectoria. La vecindad del ardiente sol ablanda la aromática cera que sujetaba las plumas; la cera se ha derretido: agita él sus brazos desnudos y desprovisto de los remos, no hace presa en aire alguno, y aquella boca que gritaba el nombre de su padre viene a sumergirse en las aguas azules, que de él tomaron nombre<sup>2</sup>»*.

2. Ovidio, *Metamorfosis*, VIII, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990, pp. 102-103.

El vuelo de Ícaro inspira empeños humanos audaces y al mismo tiempo avisa de que, junto al coraje, son necesarias algunas cualidades que permitan evitar el fracaso de la empresa. Lograr el punto en el que el suelo y el cielo colaboran para que el vuelo del conocimiento alcance altas cotas es un secreto en el que intervienen la inteligencia, el corazón, los sentidos y la persona entera. Ese equilibrio se da cuando el conocimiento sensible está presente, pero no pretende controlar las posibilidades de conocer, sino que aporta impulso para una búsqueda más allá de sí mismo. De igual modo, se requiere que lo que alcanza el espíritu permanezca siempre en la verdad que le trasciende que, por un lado, le supera totalmente y, por otro, le impulsa a no perder el contacto con lo inmediato, con lo concreto de la realidad. Lo empírico y lo racional, en una palabra, no pueden perder su esencial vinculación.

Un vuelo humano original es el que se lleva a cabo con las dos alas de la fe y de la razón. Esta comparación aparece en el inicio mismo de la encíclica *Fides et Ratio* que San Juan Pablo II publicó en 1998. «*La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad*». También en este caso, el ejemplo de Ícaro es aleccionador. En efecto, tampoco el vuelo que emprende el hombre con las alas de la fe y la razón es un vuelo seguro. También ahora se presentan dos peligros: el racionalismo y el fideísmo, que no son sino el resultado de un hiperdesarrollo, respectivamente, del ala de la razón o de la fe, a costa de la otra.

El primero consiste en que la razón dirija autónomamente el vuelo del conocimiento, buscando la seguridad de lo que domina, volando bajo sin apartarse mucho de la solidez de la tierra firme, volviéndose así incapaz de remontar el vuelo hacia lo suprasensible que es una condición para acceder a la revelación divina. Se cede, entonces, a la tentación de someter a la razón –de racionalizar– lo que solo se puede alcanzar como don gratuito que se acoge. Al

cerrar, de este modo, el acceso a la realidad incontrolable de la fe, solo queda rechazar de plano los misterios revelados o tratar de reducirlos a conceptos filosóficos.

El segundo peligro, que afecta a la fe, consiste en la pretensión de que la fe goce de una autonomía plena en relación con la razón, de manera que no se cuenta con esta para que el creer sea un acto plenamente humano. El horizonte ilimitado de comprensión y de vida que, de suyo, la fe abre al hombre que acoge la revelación y la gracia de Dios se confunde, entonces, con una exaltación sin vinculación racional o humana que, en último término, acaba siendo una decisión sin fundamento. En todos estos casos, la confusión o la falta de articulación armónica de las alas de la fe y de la razón harán fracasar el vuelo de la contemplación de la verdad.

Si ahora miramos las cosas desde una perspectiva distinta a las condiciones del «vuelo» de la razón y la fe, y consideramos el destino al que se dirige, diremos simplemente que se trata de llegar a Dios en su verdad y en su bondad, y de examinar la relación que con Él establece el hombre. Esta relación con Dios es posible para una razón abierta que considera como propias también otras dimensiones (morales, afectivas, sociales) de la persona, que forman parte de su racionalidad.

Cuando el hombre se abre a la realidad de Dios comienza a reconocerle como Aquel que es el origen y el término de su existencia. El acercamiento personal al Dios vivo comienza en el conocimiento y da paso a la relación religiosa del hombre con la divinidad. Así surgen los fenómenos religiosos que, consolidados socialmente, dan lugar a las religiones. El hombre religioso, a su vez, debe abrirse a la posible autocomunicación de Dios al hombre. Mediante la acogida creyente, la fe culmina en el encuentro con el Padre que se comunica y entrega a los hombres en el don de su Espíritu por medio de su Hijo encarnado.

El tema que esta obra aborda es el de la relación entre la razón y la fe cristiana, a las que se une la religión como modo de dirigirse a Dios de manera específica, que no se identifica con el mero conocimiento racional de Dios ni con la fe cristiana. Conviene subrayar que se trata de la relación entre las tres, no de un estudio sucesivo de cada una de ellas. Como un modo de desarrollar esta perspectiva se utiliza la comparación con los espejos en los que aparecen reflejadas de diversa manera las tres realidades.

Esta obra tiene dos partes. En la primera (capítulos 1 a 5), se analizan desde distintas perspectivas el conocimiento racional, religioso y cristiano, que implican una manera concreta de entender la razón y la fe. El análisis de la verdad forma parte también de este conjunto de cuestiones. Termina esta primera parte con una exposición (capítulo 6) del fenómeno del ateísmo y de la increencia como negación de Dios o rechazo de todo posible engarce de la razón y de la fe, a los que se ofrecen puntos de encuentro para un diálogo fructífero. La segunda parte (capítulos 7 a 13) está centrada en algunas cuestiones más directamente teológicas, pero presentadas aquí con la finalidad de resaltar la estrecha relación que mantienen con el modo de entender la racionalidad humana y, en menor medida, la religión: los misterios, los dogmas, el lenguaje religioso, la teología y la conversión.

Los destinatarios de este trabajo son, sobre todo, los estudiantes de teología. De hecho, su origen remoto son los materiales que he ido preparando durante años para una asignatura del *curriculum* de la licenciatura de teología dogmática en mi Facultad. El título de esa materia era, precisamente, ese: *Razón, religión, fe cristiana*. A los alumnos, por tanto, va dirigida esta obra como un auxilio para su estudio de estas cuestiones tan centrales en el quehacer teológico, ya que tienen que ver con la epistemología que es el arma intelectual que se ha de manejar con dominio para adentrarse en el estudio del misterio cristiano. Por estar dirigida a

los estudiantes, el lector no encontrará tantas referencias bibliográficas como sería esperable en una monografía estrictamente dicha. Se ofrece la suficiente información para que los lectores puedan profundizar más, si lo desean, en cada cuestión analizada.

Una parte notable de esta obra ha sido previamente publicada de diversas maneras; de ello se dejará constancia en cada caso. Aquí se recoge parcialmente ese material después de revisarlo y reelaborarlo para lograr una exposición unitaria de las relaciones entre la racionalidad, la religiosidad y la confesión de fe cristiana. La inspiración de la encíclica *Fides et Ratio* del santo papa San Juan Pablo II se dejará notar en diversos momentos de la obra; me sirvió como acicate cuando apareció en 1998 y me ha seguido proporcionando abundantes elementos para la reflexión sobre la naturaleza del conocimiento filosófico y teológico.

Al final, mi esperanza es que el lector pueda encontrar en estas páginas una ayuda para acercarse a la teología sobre bases sólidas, y así estar en condiciones de seguir su propio camino por los vericuetos de la fe que se hace pensamiento y, de esta forma, contribuir a salvar al hombre al acercarle más a la verdad y a la Verdad.